

Cultura a la contra

Wojtyla, disco dance

Hace unos días, mientras pasaba el fin de semana en uno de esos refugios campestres que a veces nos permitimos los urbanistas decadentes, me dejé absorber por ese sustituto del rosario en familia que es la TVE. Era mediodía y fuera pegaba el sol insoponible, haciendo imposible el refugio en la piscina o sus alrededores herbosos; así que me dediqué a sorber mi pastis —ahora también lo pone de moda la TV, en sus anuncios idiotas pero astutos— y a mirar a la caja mentirosa. De pronto recibí una de esas sorpresas que pocas veces me depara la realidad prefabricada que nos dan. La corresponsal de TVE en Roma, la autoelegida presidente del club de "fans" del Papa, nos daba las primicias de una noticia asombrosa: ha salido un disco sobre el Papa. Una canción tipo "disco", bailable y pegadiza, donde se habla del Papa deportista, juvenil y carca, que nos ha tocado en gracia de Dios. Y no sólo eso: también se han lanzado al mercado, con su efigie, camisetas veraniegas. Y "posters" donde le muestran esquilando en sus tiempos de cardenal. Como si fuera el "Che", o Superman, o cualquiera de esos ídolos que imponen de una forma o de otra a la juventud.

No voy a hablar de la calidad de la música; es un disco más, pegadizo y bailón, que tendrá el éxito relativo de todos estos productos seriados y húmedos, canciones de verano capaces de atormentarnos durante todo el año si Dios —o el adorable Diabolo, en este caso— no lo remedia. Ni tampoco de la discutible belleza, sartorial o decorativa en cualquiera de los dos casos, de "posters" y camisetas: se trata de objetos —como el propio disco— buenos para usar y tirar luego, artífugos de buhonero multinacional. Lo importante es lo que hay detrás, el deseo de la Iglesia de ponerse al día por los medios más ramplones, y de vender sus ídolos inmediatos a una juventud que pasa cada vez más de corporaciones eclesidísticas. Debe haber algún cardenal americano por ahí, experto en marketing, o un jesuita astuto, un Vautrin balzaquiano que sabe como nadie vender un producto podrido, averiado, como si fuera nuevo.

Realmente, este Papa del que tanto se habla por todas partes es bastante siniestro: polaco, anticomunista —diga lo que diga y haga lo que haga, no podemos olvidar que pertenece a la llamada "Iglesia perseguida"—, y que se apresura a asegurar que el infierno es una realidad, y el Diabolo una persona con existencia individual y consciente. Al mismo tiempo, el cavernícola neanderthalense se pone desodorante para que no se note su hedor a sangre inquisitorial; y esquía, y lleva rebecca, y se retrata con las plumas de los aztecas que su grey destrazó. Y besa niños, y acaricia ancianos. Un poco más y se nos presenta bailando el "hula hoop" —el aro, claro, blanco— con Enrique y Ana. Su sitio estaría en Disneylandia, levitando junto a Peter Pan o en amable cháchara con el ratón Mickey. Y la Iglesia lo avala, la Iglesia que ha perdido todo su bizantinismo hierático, toda su majestad voluptuosa y bella; que la ha vendido a cambio de una mayor penetración en los corazones idiotas de los subnormales por quienes toma a los adolescentes.

Los ateos de toda la vida, echamos de menos aquello que de la Iglesia podía divertirnos más: la pompa, el esplendor, el fasto. Los estetas del XIX —sobre todo los ingleses— solían convertirse al catolicismo por un prurito estético prerrafaelista; añoraban el Renacimiento, el boato, las plumas y las amatistas. Los estetas de hoy no nos dejamos engañar por este ersatz de modernidad: está mal hecho y es apresurado. Le falta la solera y la tradición de miles de años que tentan la Misa en latín y la silla gestatoria. Siento muchísimo no ser católico: me haría lefebvrista en seguida. Ante tales disparates no parece quedar mal el ser trentino. Y, al tiempo, aconsejaría al viejo joven Wojtyla que se hiciese "punk": que se clavase imperdibles y se desgarrase la blanca sotana; que colgase de ella, incluso, alguna svástica, así nos recordaría los suplicios de Treblinka, los de la Inquisición, e incluso la corona de espinas de Cristo. ■ EDUARDO HARO IBARS.

rar que los individuos no actúen mal mediante la presión social. El trabajo se completa con un informe sobre las cárceles españolas en la época de Fernando VII y un estudio sobre Bentham en España, por María Jesús Miranda, de tono ácido, pero con indudable profundidad.

El otro trabajo se refiere a un hecho acaecido en la catedral de Madrid el Domingo de Ramos de 1886, donde fue asesinado el obispo de Madrid-Alcalá por disparos precisamente de un cura. El trabajo reproduce toda la transcripción de este singular proceso, lo que de por sí ya contiene bastante interés. Pero también mueve a un análisis de las causas que pudieron motivar el hecho, y que por los poderes fue conceptualizado como asesinato, herejía y acto de locura, que fue lo que evitó el garrote al cura Galeote, que es como se llamaba el interfecto. Los comentaristas se hacen la reflexión de si no pesó en el ánimo de las autoridades más el que Galeote estaba loco por lo que hizo, que el que lo realizó porque estaba loco.

Quienes analizan el proceso —Julia Varela y Fernando Álvarez Uría— llegan a comentarios de auténtico radicalismo delirante: "Estamos en guerra. Vivimos en una sociedad violenta en la cual la Iglesia, la familia, la Medicina, el cuartel, la Policía... actúan como vampiros chupadores de autonomía... El crimen de Galeote muestra que el poder resulta intolerable para quienes lo padecen, y que frente a la violencia institucionalizada y los crímenes arbitrarios están justificadas las acciones de lucha popular". ¡Toma ya! En cualquier caso, el proceso sirve de pretexto a varios autores para hacer estudios, algunos altamente sugestivos, como el análisis de la Iglesia española, o el de las técnicas de control social durante la Restauración. ■ J. M. ALFONSO.

Aláhamos el sentido cobrado entre nosotros por la calificación de Teatro Estable Ahora, en el programa de "Los malcasados de Valencia", el primer espectáculo del nuevo Teatro Estable del País Valencià, leo: "Nos gustaría que el título que hemos elegido para nuestra formación teatral y para nuestro centro de producción de espectáculos fuera algo más que un nombre arbitrario. Nos gustaría que nos definiera de cara al futuro. Pretendemos garantizar un servicio cultural y unos resultados artísticos que sólo pueden conseguirse mediante una actividad, unas prácticas, unas tentativas y una reflexión de todo ello a lo largo de varias temporadas. La formación de un grupo de profesionales, su perfeccionamiento continuo en contacto duradero con sus públicos, sólo es posible mediante la creación y consolidación de un centro de producción proyectado hacia el futuro, al que nosotros hemos dado el nombre, en nuestro ámbito concreto, de Teatro Estable del País Valencià. Queremos ofrecer de manera continuada, por medio de giras periódicas, una serie de espectáculos teatrales (basados en principio en las dramaturgias clásicas y en nuestras tradiciones culturales autóctonas) que sólo pueden ser posibles en las condiciones que reúne un centro de producción estable".

Como se ve, el texto coincide con mis apreciaciones. Definién-

"Los malcasados de Valencia"



TEATRO
Guillem de Castro,
por el Estable del
País Valencià

Hace unas semanas, comentando las Jornadas de Elche, se-